

# Capitalismo y libertad

por Ramón Díaz

Desde que Adán Smith usó su metáfora de la mano invisible hace un par de siglos, las confusiones sobre lo que quiso decir no cesan de repetirse. Lo que Smith quiso significar fue que, si observamos el comportamiento de los innumerables agentes dedicados a trabajar y consumir, ahorrar e invertir, transportar y almacenar, construir y demoler, todo sin concierto previo y sin la dirección de ninguna autoridad central, y lo hacemos bajo el supuesto de que cada uno persigue sólo su propio interés, ese abigarrado conjunto se nos presenta como un todo provisto de sentido desde la perspectiva de la comunidad, cuyas necesidades atiende como si en su seno operase algún misterioso agente coordinador.

Por el contrario, Smith nunca negó que el bienestar de los otros constituyese la fuente de los desvelos de muchos individuos, ni se le habría ocurrido nunca entonar un elogio del egoísmo universal. Quienes así parecen entenderlo, y piensan que el sistema de la libertad propia reposa sobre alguna apreciación sobre la superioridad moral del egocentrismo, incurrir en un error lamentable.

Lo que sí vino implícitamente a afirmar Adam Smith es lo siguiente. Si usted trata de imaginarse una multitud anónima actuando sin concierto ni dirección central, y supone a los individuos absortos en los intereses del grupo, y enteramente ciegos a todo lo que pudiera parecerse al propio interés —tal como el zángano y la obrera parecen actuar en la colmena **absolutamente** olvidados de sí mismos— no hay manera posible en que usted pueda percibir el obrar multitudinario y anónimo de esos altruistas individuos como otra cosa que en un caos total.

A falta del instinto coordinador de las abejas, las hormigas y las termitas, en cuyos cromosomas cada individuo lleva programada su vida punto por punto, los individuos de nuestro modelo tendrían que forjarse una mano visible capaz de moldear un cosmos a partir de aquel caos de amorfa generosidad. En otros términos: alguno de entre los altruistas

debe conquistar poder sobre sus semejantes, usarlo primero para conseguir información sobre el conjunto, en base a ella, preparar un plan para el grupo y luego imponerlo a los demás. Si los altruistas que quedaran en el llano obedecerían gustosos al que se les adelantase en la toma de poder, o si éste tendría que organizar una policía secreta para conservar su posición, como de hecho ocurre en todas las sociedades que se rigen por métodos de planificación centralizada, es un problema del modelo que no he acertado a resolver.

Por tanto, entiendo que la propiedad de los seres humanos de ser a la vez individuos y miembros de una comunidad, de ser potencialmente capaces de una heroica entrega de sí mismos, pero, al mismo tiempo, de concebir la propia vida y la del íntimo grupo familiar como el centro orientador del obrar cotidiano, pertenece al ámbito de cosas por las que deberíamos dar gracias a Dios cada mañana, ya que ella posibilita la libertad en el plano social.

Por supuesto, esa capacidad del hombre de pensar en sí mismo y en su círculo íntimo, está preñada de peligros, sobre los que tanto se habla y tanto se ha escrito. Pero ello no debe extrañarnos. La libertad está indisolublemente ligada al riesgo moral. Lo importante es que, al poder los miembros de una sociedad humana percibirse a sí mismos como centros irradiadores de sentido, es decir, como personas, es posible evitar la planificación de las vidas ajenas por los titulares del poder, es posible la libertad.

Hay gente que se enamora de la planificación, ese instrumento de la eficiencia. Sí, efectivamente, todos deberíamos planificar, hasta cierto punto al menos, nuestro obrar. Pero, ¡atención! cada uno el suyo. No hay razón alguna para que unos planifiquen las vidas de los otros, y menos para que impongan sus planes coactivamente porque, he aquí lo maravilloso, el hombre es una especie capaz de compatibilizar espontáneamente los planes autónomos de sus individuos. La libertad, en otras palabras, es posible. ¡Alabado sea el Señor!